

KATHRYN STOCKETT
EL CLUB DE LAS
INDOMABLES



KATHRYN STOCKETT

EL CLUB DE LAS
INDOMABLES

Traducción de Claudia Conde

 Planeta



Meg

JULIO DE 1933

1

Cuando me trajeron a las Huérfanas, solía montar mentalmente una escena en la que mi madre entraba y exclamaba: «¡Margot, he vuelto! ¡He venido para llevarte a casa!». La imaginaba con el vestido amarillo de ribetes rojos en el cuello que llevaba puesto cuando se marchó, o con un elegante vestido azul cortado al bias y el broche caro de rubíes en el pelo. En cuanto la tenía vestida como a mí me gustaba, perfectamente conjuntada, se inclinaba sobre mí y me decía: «¡Me arrepiento tanto de haberte abandonado, Meg!».

En esa parte de la historia, sé que la mayoría de las niñas habrían corrido a los brazos de su madre para decirle que la perdonaban, estrecharla con fuerza y pedirle que las llevara de vuelta a casa. Pero mi fantasía era distinta. Cuando mi madre me decía todo aquello, me gustaba hacerla sufrir un poco al principio.

«Bueno, bueno —solía decirle yo—, veo que no te has privado de comer». Y a veces añadía: «Supongo que no te falta de nada, ahora que no tienes una niña pequeña a la que alimentar». Después le decía que había pasado muchísimo frío cuando me había dejado sola, que había quemado todo lo que ardía hasta quedarme sin nada, que como madre era una gigantesca

pila de mierda y que ojalá pudiera encontrarme otra mamá muy pronto. Más o menos en ese momento era cuando empezaban sus disculpas y sus ruegos. Al principio me ofrecía cosas como una bolsa grande de caramelos o unos zapatos nuevos de charol, o también una enciclopedia a la que no le faltara ninguna letra. Sí, realmente me empleaba a fondo cuando imaginaba los regalos que me prometía mi madre, pero, a partir de cierto punto, yo cedía y respondía: «Muy bien. Acepto tu oferta». Después le hacía una peineta a la gran farsante de la señorita Garnett y salía con mi madre por la puerta.

Antes de esa semana nunca me había dejado sola en casa. Lo máximo que me permitía hacer por mi cuenta era el trayecto de kilómetro y medio hasta la escuela. O hasta la casa de Ophelia, nuestra vecina negra, que me acogía cuando ella estaba trabajando. Pero siempre venía a buscarme luego y me llevaba a casa en brazos, cantando *I Can't Give You Anything but Love, Baby*. Hasta que un día ya no vino a recogerme.

Pero, claro, eso fue cuando tenía solo nueve años. Ahora tengo once y ya no me molesto en imaginar tonterías de niña pequeña. Mi mejor amiga, Ava, me dijo que a nuestra edad no podemos perder el tiempo con fantasías de cosas que no van a pasar.

Mi nombre en los documentos es Margot, pero en general respondo por Meg. Como ya he dicho, llegué hace dos cumpleaños al orfanato, conocido por la mayoría como las Huérfanas, o también las Antiguas Huérfanas, aunque todavía no he podido averiguar dónde están las Nuevas Huérfanas, y creedme que lo he preguntado. Esto de aquí no es más que una casa vieja de madera, atendida por las damas voluntarias de Oxford, que es una pequeña ciudad situada en la parte de arriba del mapa del estado de Mississippi. En este momento somos dieciséis niñas en la casa. He oído decir que corren tiempos difíciles. En cualquier caso, seremos menos después del próximo Día de Visita, que es cuando viene gente a vernos para decidir si nos quiere adoptar.

Las señoritas procuran mantener bonita la fachada de la casa, con arbustos de azaleas, un baño de pájaros que veo cuando se abre la puerta que da a la pequeña salita que llaman «el vestíbulo», tiestos con plantas y otras cosas por el estilo. La puerta principal está recién pintada de blanco, aunque no he vuelto a ver el otro lado desde el día de mi llegada, porque nos tienen aquí encerradas como si fuéramos delincuentes. En el vestíbulo, hay dos ventanas limpias y un cuadro enmarcado con aquel cartel tan curioso. Cuando la señorita Garnett no me ve, me cuelo en esa salita y reflexiono sobre lo que dice el cartel hasta que empieza a dolerme la cabeza.

Me pregunto, por ejemplo, quién habrá inventado esas normas, y si la «naturaleza retrasada» será diferente de la estupidez común y corriente. Pero lo que más me intriga es lo de la lepra. ¿Habrán venido alguna vez huérfanas leprosas y por eso tuvieron que incluirlas en el cartel? ¿Y cuál de las damas voluntarias les habría abierto la puerta, teniendo en cuenta que todas salen corriendo cuando nos oyen estornudar aunque solo sea una vez, por miedo a contagiar a sus propios hijos? Casi puedo oír a una de ellas diciendo: «Poned lo que queráis en el cartel, pero yo no pienso trabajar con leprosas». Y a otra apoyándose una mano en la cadera y apuntando: «Ni yo con asiáticas». ¿Y qué harían esas señoritas si una judía retrasada y leprosa se presentara en la puerta? Eso sí que sería divertido.

A la derecha del cartel está lo que se llama «la sala de las voluntarias». A las niñas no nos dejan pasar, pero la veo cuando se abre la puerta. Las señoritas se ocupan de tener bonita esa habitación, para su propio disfrute. Mullidos asientos tapizados, una cafetera de plata y cortinas con motivos florales. Además, en esa sala siempre tienen comida buena. Lo sé porque la huelo.

La parte delantera de la casa es lo mejor de las Huérfanas.

Después del vestíbulo, hay un pasillo largo sin nada destacable. Hasta ahí, nadie sospecharía nada. A la derecha del pasillo está la sala de las parvulitas, con algunos juguetes que parecen bastante interesantes: una muñeca con su cuna en miniatura,

un caballito con balancín y todo un estante de libros que me gustaría mirar. Pero alguien decidió hace unos años separar a las pequeñas de las mayores, por lo que ahora las niñas de esa habitación comen y duermen allí en un cuartito muy mono. Un poco más adelante se encuentra la sala de las cunas, que siempre está blanca e impoluta. Los bebés son la clase más valorada de huérfana, por lo que no suelen pasar mucho tiempo en la casa. En esa sala tampoco podemos entrar las niñas mayores.

Cuando una niña tiene ya unos siete años, cambian muchas cosas. Para empezar, le toca ponerse un vestido de manga larga con enaguas que cubren desde el cuello hasta los pies. La mandan a dormir arriba, a la sala de las mayores, con el techo plagado de siniestras manchas de humedad de las goteras del tejado. Los catres de alambre chirrían y los colchones de algodón, manchados de meadas viejas, están llenos de bultos. ¡Y, por Dios, no me hagáis hablar de lo que nos dan de comer! En el comedor de las niñas mayores, el desayuno es una masa gris con grumos, y la comida y la cena, un plato de guisantes recocidos, una mazorca de maíz, un trozo de patata que no ha conocido la sal ni la mantequilla y un cuadrado de pan de maíz. Si me dieran a elegir entre un cofre de diamantes y un plato de jamón, probablemente me quedaría con lo segundo. Es un milagro que nadie se haya muerto de hambre en esta casa. Lo que nos suele matar es la gripe o el sarampión, y por lo general solo afectan a las más pequeñas. Supongo que Dios, lo mismo que las damas voluntarias, prefiere a los bebés.

Pero la peor de todas las salas es el despacho. Es donde me ha puesto la señorita Garnett, para mantenerme separada de las demás.

—¿Por qué ya no vas a clase con las niñas normales, eh? —me pregunta la idiota de Dorella desde el pasillo, rodeada de otras niñas—. ¿Y con quién hablas ahí dentro? ¿Con Santa Claus? ¿Con el conejito de Pascua? ¿Eh, Megadera?

Entonces me enseña su asquerosa lengua blanca, cubierta de hongos. A Dorella la adoptaron una vez, pero la devolvieron

por perezosa. Y seguramente también por sucia. Tiene un collar permanente de mugre alrededor del cuello.

Aquí dentro soy un blanco fácil para las burlas de esas niñas.

Cuando la señorita Garnett me condenó a estar metida en este cuartucho, sentada en una silla dura, delante de un viejo escritorio de madera, la habitación no olía tan mal ni tenía tan mala pinta. Y menos cuando trabajaba aquí la señora mayor que llevaba los libros, antes de renunciar. Pero, en los últimos meses, el olor a humedad y las manchas en las paredes han empeorado aún más. En cuanto a la iluminación, no hay más que una bombilla incandescente cubierta de grasa que cuelga del techo y que te quemaría los dedos si intentaras averiguar cómo funciona la electricidad. La única ventana está tapiada con cinco tablas horizontales astilladas, y cada vez que la veo me enfado. Alguien lo hizo a propósito solo para arruinarme las vistas.

—Ten cuidado luego en la bomba del patio, Megadera —profiere Dorella desde el pasillo, y las otras niñas estallan en carcajadas.

Odio ese apodo. Me lo puso la propia Dorella. Fue porque una vez intenté explicarle que existe algo llamado «inodoro» y le dije que hay uno al lado de la sala de las señoritas. Las niñas solo tenemos un retrete exterior, en el patio. ¡Dios, con qué cara me miró Dorella cuando le di la noticia!

—Entonces ¿adónde se va toda la porquería? —quiso saber.

—Afuera —respondí.

A lo que ella me dijo:

—¿Y por qué no salen afuera las señoritas, como todo el mundo?

—Porque ahora pueden hacer sus necesidades dentro de la casa —repliqué.

—¡Menuda guarrería! —repuso ella—. ¿Intentas tomarme por tonta?

—No resulta muy difícil —le dije yo, segura de haber encontrado una respuesta excelente.

Pero entonces ella me espetó:

—Estás loca como una regadera, *Meg... adera.*

En ese momento fue como si sonaran campanas en las Huérfanas. Desde aquel día, todo ha sido «Megadera por aquí», «Megadera por allá» y cartelitos pegados a mi espalda que dicen PROPIEDAD DEL *HASILO* DE LOCAS FURIOSAS O MEGADERA, LOCA COMO UNA REGADERA. ¿Qué esperaban de mí? No pueden tenerme encerrada ocho horas al día en un cuarto diminuto, sola y sin nada que hacer aparte de contar monedas, escribir invitaciones para el Día de Visita y copiar aburridos pasajes de la Biblia, y aun así pretender que no me ponga a hablar con gente imaginaria. O que no cante villancicos aunque no sea Navidad, o que no ponga la silla sobre el escritorio, apile libros encima y trepe hasta lo más alto para comprobar si desde allá arriba mi feo mundo se ve diferente. A veces desearía que Dorella Pratt pillara la gripe y se muriera.

Ella y las otras se cuidaban mucho de meterse conmigo antes de que Ava se marchara, porque podía enfrentarse a cualquiera de ellas y arruinarle la semana. Ava era valiente. Uno de los primeros días, Dorella me agarró y me sostuvo la cabeza bajo la bomba de agua como si fuera a ahogarme, y, cuando Ava le dijo que me soltara, ella replicó:

—¿Quién me va a obligar?

Entonces Ava le arrancó las bragas y las tiró al pozo de la letrina. Dorella tuvo que meter la mano en ese agujero apestoso, para salvarse de los correazos que le habrían dado por haber perdido las bragas. En ese momento, comprendí que Ava era la mejor amiga que podía tener. Pero hace dos meses cumplió doce años y la enviaron a Biloxi, a trabajar en la fábrica de conservas.

2

Lo primero que hace la señorita Garnett todas las mañanas es venir al despacho, donde tengo que presentarme justo después del desayuno, y ponerse a husmear por todas partes, como si yo

escondiera a un delincuente en la habitación. Luego inclina sobre mí su cuerpo huesudo, para ver qué estoy haciendo.

—¿Has terminado ya de copiar tu pasaje de la Biblia, Meg?

—Sí —y, para irritarla, espero un segundo antes de añadir—, señorita.

Aliso la página donde he copiado los aburridos versículos de Proverbios 13, que tratan sobre un hijo sabio, su padre y lo que llaman un «burlador». ¿Qué tiene que ver todo eso conmigo, una niña de once años con un nivel de lectura de octavo curso? No lo sé. Si intento decírselo a la señorita Garnett, estoy segura de que replicará: «Al niño parado lo tienta el pecado». O me hará copiar la lista de las generaciones bíblicas: Fulano engendró a Mengano, Mengano engendró a Zutano, y así. La vez que la copié, me quedé dormida encima de la mesa y se me cayó tanta baba que se arrugó el papel.

La señorita Garnett y yo somos como el agua y el aceite.

Ella dirige esta casa y por lo general viste ropa sencilla, de colores sobrios. Es rubia y lleva el cabello corto y estirado hacia atrás. No es fea, pero tiene la cara plana, como hecha de cera. También es plana por delante y por detrás. Mi madre tenía curvas por todas partes y era bajita. Diría que la señorita Garnett es mayor que mi madre, pero no puedo asegurarlo, porque no se me da bien adivinar la edad de las personas de más de doce años. Si trabajara en el puesto de la feria donde adivinan las edades, me despedirían enseguida.

Cuando hacía poco que estaba aquí, la señorita Garnett fue elegida presidenta de la junta. No fue algo inesperado, ya que tiene mucha influencia. Como me sobra el tiempo para pensar en esas cosas, he llegado a comprender sus tácticas. Cuando habla con una de las voluntarias, la mira directamente a los ojos para captar su atención. Si quiere recalcar algún punto en concreto, mueve las manos como si cortara el aire a rebanadas, para mayor énfasis. Corta el aire como si tuviera delante un costillar de ternera. Si sobreviene una tragedia o una enfermedad en la familia de alguna voluntaria, o es la fecha de algún cumpleaños

o el aniversario de la muerte de la madre de alguien, lo recuerda siempre. La señorita Garnett nunca olvida nada y, si no ha podido darte un pellizco como castigo por hurgarte la nariz a las nueve en punto, se acordará de hacerlo a mediodía.

Pero lo que más enardece a la señorita Garnett es hablar de una mujer a la que llama «la débil mental». De pie en el pasillo, despotrica interminablemente contra ella. Y para asegurarse de que las demás le están prestando atención, se interrumpe con brusquedad en medio de una frase. Después continúa, sin dejar de cortar el aire con las manos. Si tuviera una soga, probablemente la usaría para enlazar por el cuello a sus oyentes y cerciorarse así de que se enteran de todas las maldades de la débil mental. Y sin duda consigue que la escuchen. Incluso llega a preocuparlas.

Me he preguntado en varias ocasiones cómo será esa mujer. Por lo que he oído, me la imagino mala, fea y encorvada bajo una chepa, con diez hijos idiotas de diez padres diferentes, unos blancos, otros negros y otros de colores variados. Los veo a todos viviendo en el interior de una bota gigante, aunque puede que haya sacado esa imagen de un libro ilustrado que vi una vez. La señorita Garnett afirma que esa mujer está arrastrando a nuestro maravilloso estado al peor de los abismos de la ignominia. Pues ese abismo debe de ser terrible, porque mi madre solía decir que en el estado de Mississippi no hay nada, aparte de algodón, hipócritas y mierda de caballo, y que lo mejor que podía hacer una persona nacida aquí era largarse lo más lejos posible.

A la señorita Garnett le gustan más las normas que las personas. Mi amiga Ava, que estaba aquí antes que yo, me contó que cuando la Gran Farsante llegó a presidenta, se inventó un montón de reglas nuevas. Por ejemplo, que las niñas mayores ya no podíamos frecuentar a los bebés ni a las parvulitas. Ahora no podemos siquiera recibir correspondencia; eso también se aseguró de prohibirlo. Según Ava, lo hizo porque algunas veces nos hacían llorar y las damas voluntarias ya tienen bastante con

la dureza de su jornada. Tampoco nos está permitido preguntar dónde demonios están nuestros padres. Esta última norma fue la más difícil para mí al principio.

Cuando llegué, se lo preguntaba cada día a las señoritas: «¿Dónde está mi mamá?», «¿Saben algo de ella?», «¿Por qué no me lo quieren decir?». A veces no podía más y les montaba una escena. Me devanaba los sesos pensando qué podía haberle pasado. Tenía una lista: quizá tuvo un accidente y se está desangrando al borde de la carretera; quizá la han secuestrado para pedir un rescate; quizá llegó a la conclusión de que corrían tiempos demasiado difíciles para tener una niña pequeña a su cargo y decidió que era mejor confiársela a las damas voluntarias. Esta última posibilidad me producía pánico.

Cada vez que preguntaba, las señoritas se limitaban a responder: «Da gracias al Señor por estar aquí, jovencita, has tenido suerte». Y enseguida se iban a acunar a un bebé.

Dicen que a las niñas mayores nadie nos puede ayudar. Que estamos más allá de toda salvación. «Son basura blanca», afirman cuando hablan entre ellas. «Algún día crecerán y abandonarán a sus bebés ellas también». ¿Acaso se piensan que no las oigo?

A la señorita Garnett le gusta cortar el aire con las manos diciendo: «El mal empieza con la madre y se contagia a la hija, a menos que alguien haga algo para impedirlo».

La señorita Garnett no me ha quitado ojo desde el primer día. Cada vez que llegaba un poco tarde a la misa del domingo o a comer la masa harinosa que llaman «desayuno», me daba un pellizco por la parte de dentro del brazo, donde la piel es más delicada. Y lo hacía con tanta fuerza que me dolían hasta los ojos. O si me descubría riendo con Ava o pasándolo bien de cualquier otra manera, también me pellizcaba. A las otras niñas no las trataba como a mí. La mayor parte del tiempo ni siquiera se atrevía a tocarlas, como si olieran mal. A decir verdad, algunas de ellas sí que olían. Ava me lo decía: «La muy perra la ha tomado contigo. Es un hecho».

Una tarde, la señorita Garnett vino a buscarme al aula de la planta de arriba. Me encanta el aula, porque es el lugar donde se aprenden cosas. La mayoría de las niñas se escandalizan al enterarse de que aquí nos obligan a ir a clase todo el año, a excepción de unas pocas semanas en verano para que la señorita Spencer se tome vacaciones. Pero yo no, yo iría a clase todos los días si pudiera. Incluso me gustaba quedarme después de las lecciones para limpiar la pizarra y colocar las sillas. La señorita Spencer a veces me dejaba mirar por encima de su hombro mientras corregía los deberes de ortografía, siempre que no le echara el aliento en el cuello. El aula es la única sala decente para las niñas mayores. Tiene seis mesas largas delante de la pizarra, con sillas bajas que a la mayoría de las niñas les quedan chicas, pero para mí están bien, porque soy pequeña para mi edad. Las paredes están cubiertas de folios de distintos colores, con dibujos y palabras como «Abeja», «Bota», «Casa» o «Dedo», para que las estúpidas niñas analfabetas aprendan a leer. A mí me enseñó mi madre a los cuatro años y, sin contar aquel suspenso en Religión, siempre he sacado sobresalientes. Mi asignatura favorita es la lectura. Si leo algo que vale la pena, intento aprendérmelo de memoria, como hice con aquel poema que nos leyó la señorita Spencer, que me pareció precioso. Me lo guardé tanto como pude en la memoria, para más tarde.

«La esperanza es esa cosa con plumas que se posa en el alma y entona una canción sin palabras...».

No estoy segura de lo que viene después, pero un poco más adelante dice: «Y es dulce sobre todo en la borrasca. Muy ineluctablemente ha de ser la tormenta para abatir a ese pajarillo, que a tantas almas ha consolado».

Por alguna razón, ese poema me recuerda al cabello negro de mi madre, ondeando por fuera de la ventana de nuestro viejo automóvil. Su mano saludando y su cabello al viento.

Aquel día, la señorita Garnett me agarró por el brazo y me llevó al despacho. «Dios mío, ¿qué pasará ahora?», pensé. Nunca había visto a ninguna niña entrar en esa habitación, solo a la

señora que llevaba la contabilidad, que según decían se había largado de un día para otro, para trabajar en el Club Floral o en algún otro sitio. Fue un escándalo para las damas voluntarias. La señorita Garnett me sentó frente al escritorio de persona mayor, me colocó delante una bolsa de monedas de la hucha de donativos y me pidió que las contara.

Aunque me trataba muy mal, supuse que me había elegido a mí para la tarea porque tengo la cabeza bien puesta y, después de todo, eso es lo que importa en la vida. Pero lo había hecho porque le interesó especialmente. En el futuro, preferiría que nadie más se tome un interés especial por mí.

Cuando terminé de contar, pensé que podría ir a hacer las faenas de la casa con Ava, como siempre. Cuando estábamos juntas, Ava y yo lo pasábamos de miedo, incluso barriendo el suelo o lavando pañales cagados. Pero la señorita Garnett me dijo:

—Vuelve a contarlas, para estar segura.

Me pareció ofensivo que me lo pidiera. No soy como esas niñas tontas y analfabetas que no saben aquello de «me llevo una» ni son capaces de leer sin seguir la frase con el dedo. Cuando terminé y me volvió a dar el mismo resultado que antes, me ordenó que me quedara en el despacho hasta la hora de la cena, copiando pasajes del Antiguo Testamento.

Un par de días después, se repitió la misma maldita escena, y una vez más al cabo de unos días. Sube al despacho, jovencita, suma esto de aquí con esto de allá y escribe estas bobadas. Si me sorprendía durmiendo encima del escritorio, me pellizcaba y decía: «Siéntate con la espalda recta». Me espiaba desde el pasillo. Ya en aquel entonces la habitación me parecía sofocante y no estaba ni remotamente tan mal como ahora. La ventana aún no estaba tapiada y las paredes se conservaban bastante limpias. De vez en cuando, la señorita Garnett se me ponía detrás, miraba por encima de mi hombro y me peinaba con sus dedos huesudos, jugueteando con mi pelo y separándolo en varias partes. Tengo el cabello muy largo y en verano se me vuelve casi blanco

de tan rubio. La señorita Garnett murmuraba cosas que yo no llegaba a oír y, si le preguntaba qué había dicho, me mandaba callar.

Me avergüenza reconocer lo mucho que me gustaba que jugara con mi pelo. Mi madre solía hacerlo en las noches de invierno, junto al fuego. Otras veces me hacía inclinarme sobre el fregadero, me lavaba el cabello y después me peinaba. Me derribo cuando alguien me hace cosas en el pelo.

Una vez le pregunté a la señorita Garnett cuántos hijos tenía. Si pasas suficiente tiempo con una persona, te acaba picando la curiosidad. Me dijo que había tenido uno, pero que se le había muerto dentro. La sola idea me produjo escalofríos. Aquí no nos explican mucho las cosas de las mujeres, pero mi madre me había contado un poco. Pensaba mucho en el bebé muerto, sobre todo por la noche, cuando me quedaba mirando las sinietras manchas de humedad del techo.

En ocasiones, la señorita Garnett me observaba desde el pasillo entre una reunión y la siguiente. Si yo no tenía nada mejor que hacer, le devolvía la mirada. De tanto en tanto disputábamos un duelo de miradas, que ella solía ganar. Se me cierran los ojos de sueño cuando no estoy en movimiento o aprendiendo algo interesante.

El moho marrón de las paredes estaba empezando a extenderse. Debí saber que se propagaría mucho más.

Los martes tenemos lo que se llama la «hora de las historias bíblicas». Es cuando viene al aula la Culo Gordo, para leernos una parábola de Jesús. Su verdadero nombre es señorita Pripp. Está muy gorda, es mandona y nos pone exámenes. Una vez hizo pasar al frente a una niña tonta analfabeta y le dio unos azotes por haberse equivocado en las respuestas. Yo no quería verlo, pero es difícil no mirar cuando alguien está recibiendo unos azotes. Después de Navidad, la señorita Pripp vino a presumir de todos los regalos que Santa Claus les había traído a sus hijos por ser tan buenos.

Hace un mes o así, durante la hora de las historias, nos

pidió que dibujáramos una escena de la vida de Jesús, cualquier historia que nos gustara, y dijo que el premio al mejor dibujo sería un lápiz rojo. Yo ya le había echado el ojo a ese lápiz y pensaba que podría usarlo para corregir las tareas, como si fuera una maestra de verdad. Así que dibujé una última cena como las que había visto en las ilustraciones de *La Biblia contada a los niños*, con sus platos de uvas y sus jarras de vino, y expresiones interesantes en las caras de los apóstoles. Y para que mi obra destacara aún más, le puse un título llamativo: «Jesús manda a Judas a tomar por saco». Había oído que mi madre mandaba a tomar por saco a algunas personas y me parecía una respuesta eficaz. No imaginaba que fuera algo sucio.

Pero, cuando la señorita Pripp vio mi dibujo, apretó la boca y frunció los labios.

—Esto, jovencita, es una blasfemia contra el Señor —soltó, antes de ponerme un cero enorme y rojo.

Le faltó tiempo para ir a enseñárselo a nuestra profesora, la señorita Spencer. Estuvieron un momento cuchicheando, inclinadas las dos sobre mi ilustración, y después bajaron directamente a hablar con la señorita Garnett. Más adelante me enteré de que el lápiz rojo lo ganó Dorella, por una representación muy mediocre del Niño en el pesebre.

Supuse que me esperaba un viaje al cuarto de la correa y ahí se quedaría todo. Pero no fue así. La señorita Garnett me hizo ir al despacho y convocó una reunión de la junta en la sala de las voluntarias. Me escabullí para escuchar desde el otro lado de la puerta y la oí decir que estaba contaminando a las otras niñas con mi conducta soez. También me pareció oír que agitaba mi dibujo e imaginé que estaría cortando el aire con la otra mano. Nadie le discutió. Ni una sola persona.

Cuando la señorita Garnett salió de la sala, parecía satisfecha con su plana humanidad y sonreía como si hubiera ganado algo en la feria. Me miró y dijo:

—A partir de ahora, pasarás todo el día en el despacho, Meg.

—¿Y las clases?

—Ya no te está permitido subir al aula.

Por la noche del día en que Ava cumplió doce años, fingimos estar dormidas hasta que oímos a la vieja señorita Mildred echar el pestillo de nuestra puerta. La señorita Mildred es la señora mayor que duerme todas las noches en la planta de abajo, y todo en ella se está cayendo, desde los párpados hasta las tetas, que le llegan casi hasta la barriga. No se molesta en ponerse ningún tipo de sujetador. En cuanto oíamos el pestillo, Ava y yo juntábamos nuestros catres. Todavía quedan marcas en el suelo de tanto arrastrarlos.

—Jamón frito, gachas con queso, tortitas de maíz, chocolatinas, caramelos, pastelitos rellenos de crema... —suspiró Ava.

—Yo lo primero que quiero es pollo frito con salsa de carne y una caja de palomitas Cracker Jack —repuse—, y, digan lo que digan, no pienso comer ninguna verdura.

—Tocino... —añadió Ava.

Nos quedamos un momento pensativas. Ella se iba a la mañana siguiente a la costa del Golfo, a trabajar en la fábrica de conservas, con las otras dos niñas de doce años que ya había mandado allí la señorita Garnett. Ava tiene ocho meses más que yo.

—Cuando llegue mi turno —apunté—, seré la enlatadora más rápida que nadie haya visto nunca. «¿Quién es esa chica tan hábil para el enlatado?», dirán. «¡Se merece un aumento de sueldo!».

—¡Cierra el pico, Megadera! —me espetó Dorella desde su catre.

Entonces Ava anunció que pensaba comprar cigarrillos con su paga y le hice notar que ni siquiera sabía fumar. Después le conté que yo prefería ahorrar para comprar una enciclopedia completa, con todas las letras, y ella me acusó de ser la persona más aburrida de todo el país.

—Mientras me den una paga, todo me da igual —repliqué.

Y las dos coincidimos en que el olor del aire marino debía de ser fantástico.

Por el modo en que se le iba apagando la voz, me di cuenta de que se estaba quedando dormida; pero yo no quería dormir, porque entonces ya sería el día siguiente. Para que no se durmiera, me saqué de la manga un plan para que me escribiera desde la costa. Tendría que hacerse pasar por una madre en busca de una niña rubia de unos once años, con los incisivos un poco separados y una oreja más saliente que la otra. Así podría deslizar mensajes secretos en sus cartas. Podría referirse, por ejemplo, a la comida que pensaba darle a esa niña, y entonces yo sabría que estaba hablando de lo que comía ella en la fábrica. Porque si había alguien en esta casa capaz de hacerse con una carta, esa persona era yo. Noté que no estaba muy interesada, pero, aun así, bostezó y dijo que lo intentaría.

—No te preocupes, Ava. Estaré bien cuando te vayas —le aseguré, pero su respiración ya se había vuelto profunda y regular.

El programa de trabajo había sido idea de la señorita Garnett. Decía que estaba destinado a las niñas mayores con lo que llamaba «problemas de colocación». Antes nos enviaban al hogar metodista de Water Valley o al orfanato de Jackson, donde tenían tantas huérfanas que las hacían desfilar por las calles para ver si alguien quería adoptarlas.

—Niñas, estaos quietas y con la espalda recta. Tengo un anuncio importante —dijo un día la señorita Garnett, cuando yo llevaba aquí unos seis meses—. Como presidenta de la junta directiva —comenzó, señalando la insignia de oro que llevaba prendida al pecho—, tengo el orgullo de anunciaros que las niñas que no hayan sido colocadas con una familia al cumplir los doce años y no parezca que vayan a serlo —y al decir esto nos lanzó una mirada gélida a Ava y a mí— serán enviadas a trabajar a la fábrica de conservas de Biloxi, en la costa del Golfo. Allí os proporcionarán alojamiento en los terrenos de la fábrica, iréis a la escuela y aprenderéis un oficio útil, en un ambiente cristiano... ¡Quieta y con la espalda recta, Ava! —se interrumpió—. Además, recibiréis un salario por vuestro trabajo.

¡Tendríais que haber visto cómo se iluminaron las caras de las damas voluntarias con el discurso de la señorita Garnett!

—¡Con lo que cuesta encontrar un empleo en estos tiempos! —exclamó una de ellas.

Algunas incluso aplaudieron como si estuvieran en un circo, porque solo venían para abrazar bebés y no hacían todo el maldito camino hasta aquí para que las niñas mayores las importunáramos mientras ellas acunaban a las criaturas. La señorita Garnett ya estaba cortando el aire con las manos, hablando de las madres solteras. Decía que lo llevaban en la sangre, lo de la debilidad mental, y que a nosotras no se nos podía conceder ninguna libertad, porque entonces nos daríamos prisa en traer niños al mundo para dejarlos morir de hambre.

A mi lado, Ava asentía como una mula, lo mismo que las señoritas. Pero yo no.

Os recuerdo que por aquel entonces yo continuaba con mis ideas. Aquella escena con la que solía fantasear ya empezaba a desdibujarse, pero en el fondo seguía convencida de que era bastante probable que mi madre viniera a buscarme algún día.

Y eso fue lo que les dije a la señorita Garnett y al resto de las damas voluntarias. Les aseguré que no pensaba ir a trabajar a ninguna fábrica apestosa, porque quería estar en este maldito lugar cuando mi madre volviera a por mí.

El comentario me valió un viaje al cuarto de la correa. Se trata de una habitación con una silla en el centro y un cinturón de cuero colgado de la pared, con agujeros a lo largo para que vuele por el aire con más facilidad. La silla es para la señorita, por si necesita sentarse y tomarse un descanso. Mientras me azotaba el trasero, la señorita Garnett me soltó su discurso sobre las llamas abrasadoras del infierno y lo poco que le gustan a Nuestro Señor las niñas malhabladas.

Cuando empezaron a caer los correazos, di unos saltitos y bailé un poco, pero después apreté los dientes y me dispuse a recibir el castigo. Había oído decir a las otras niñas que la señorita Garnett pegaba más veces y con más fuerza si fallaba algún

golpe. Al principio me dolió como si me clavaran espinas; luego, como si me mordieran la piel mil dientecillos afilados, y, al final, como si me quemaran la parte trasera de las rodillas con un hierro candente. Pero no lloré ni me hice pis encima, porque no pensaba ir a ninguna maldita fábrica de conservas.

Esa noche, en la cama, Ava me cogió de la mano.

—Eres patética —me dijo.

—Y tú más —repliqué.

—Tu madre no vendrá a buscarte, Meg. Métetelo en la cabeza de una vez.

A lo que yo repuse:

—¿Cómo lo sabes? No eres adivina. Puede que esté viniendo en este mismo instante. O que se le haya averiado el coche. O que esté esperando a que pase algo para venir a buscarme.

Pero hasta yo me daba cuenta de que mi vieja lista de justificaciones estaba perdiendo fuerza.

—A ver si espabilas, tontaina. Tu madre te ha abandonado, como la mía.

—No es lo mismo. La tuya no te quería.

—Es cierto —convino Ava.

Me había contado que, tras la muerte de su padre, su madre había decidido «quedarse con los otros» y deshacerse de ella. La había depositado en las Huérfanas y se había marchado al volante de su furgoneta. En aquel momento, yo aún no había presenciado la llegada de muchas niñas, pero, después de un año y medio, he visto de todo: las que montan una escena, las que lloran a gritos, las que guardan un silencio extraño, las que suplican, las que pegan, las que insultan, las que se mean encima. He visto situaciones de «adiós, ahí te quedas» y huidas a todo gas después de empujar a la niña por la puerta. También hermanas que quieren quedarse más tiempo abrazadas para despedirse y madres que no se deciden y pasan mucho rato yendo y viniendo delante de la entrada. Las que llegan al vestíbulo suelen suplicar: «Por favor, solo un minuto más con ella». Cuando

la señorita Garnett les arrebató su más precioso tesoro de las manos, ponen unas caras que dan ganas de apoyar la frente contra el escritorio.

Pero nunca he visto ni una sola madre que haya vuelto para llevarse a su hija.

«Da igual cómo hayamos llegado aquí, Meg, porque no van a venir a buscarnos», me recordaba Ava. Sin embargo, algo en mi interior me seguía diciendo que mi situación era distinta. Puede que corrieran tiempos difíciles, pero mi madre y yo no pasábamos hambre, ni teníamos otros quince niños que alimentar que la hubieran obligado a deshacerse de algunos. Soy pequeña y no necesito comer mucho. Teníamos una casa decente donde vivir. Cuando mi madre se fue, ni siquiera se llevó su mejor par de zapatos, ni ninguna otra cosa. Y me había dicho que quería cortarme el pelo. No le dices algo así a tu única hija como si nada, si sabes que no vas a volver.

Ava salió reptando de su catre, se me sentó a horcajadas sobre el pecho y me atrapó los brazos con sus fuertes piernas.

—Escúchame bien, Meg, y repite conmigo —me dijo. Por la manera en que respiraba por la nariz, me di cuenta de que hablaba en serio—. «Mi madre me abandonó porque quiso y no volverá, porque las madres nunca vuelven». Ahora tú. Repite lo que te he dicho.

Conseguí soltar un brazo y le di un manotazo, pero ella me inmovilizó de nuevo. ¿Qué madre abandona a su hija dos días antes de Navidad?

—¡Es por tu bien! Repite conmigo: «Las madres nunca vuelven». —Sus palabras sonaban desesperadas, pero aun así me negué a repetir las, y entonces se inclinó sobre mí y me susurró al oído—: Tú y yo somos iguales, Meg. ¿No lo ves? Somos hermanas. Así que repite lo que te he dicho hasta que te lo creas.

Cada vez me costaba más respirar, pero no era porque ella me estuviera oprimiendo el pecho con las rodillas.

Ava es más lista que yo. Me había dicho que era por mi bien, que solo tenía que repetirlo.

Así que al cabo de un rato la obedecí, porque en el fondo sospechaba que tenía razón. Era mayor y más fuerte que yo.

—Mi madre me abandonó porque quiso. Las madres nunca vuelven.

—Otra vez —insistió, y yo lo dije y lo repetí una y mil veces más.

«Mi madre me abandonó porque quiso. Las madres nunca vuelven».

Y resulta que Ava, mi mejor amiga, estaba en lo cierto. Me llevó un tiempo, pero fue como cortar de raíz algo podrido, una cosa mojada y pegajosa que iba arrastrando allá donde fuera.

Pronto dejé de imaginar con tanta frecuencia aquella escena, hasta que la sepulté del todo en el pasado. Así es una amiga. Una hermana. Porque las madres nunca vuelven.

A la mañana siguiente de cumplir doce años, Ava estaba nerviosa y feliz, sentada a la mesa del desayuno, charlando con las otras niñas. Las señoritas la habían hecho lavarse, incluso le habían dado unos zapatos para que los llevara en el tren. Le quedaban un poco grandes, pero no estaban muy gastados y eran blancos con una franja negra en un lateral. Me parecieron bastante bonitos.

Mientras Ava se despedía de las demás, empecé a notar un zumbido grave en los oídos. Me abrazó y noté que olía a limpio, diferente de como huelen las huérfanas.

—Cuando vengas a la fábrica, te enseñaré a fumar, lo quieras o no.

Habría querido contarle lo que había planeado, decirle que éramos hermanas y recordarle que había prometido escribirme. Pero no me salió ni una palabra, y el zumbido en los oídos se iba volviendo cada vez más intenso. ¿Cómo podemos callar cuando tenemos tanto ruido en la cabeza?

«Vuelvo enseguida», había escrito mi madre en la pared.

—Ava, te tienes que ir ya —dijo la señorita Garnett con se-

veridad. Extendió una mano hacia mi amiga, pero se cuidó mucho de tocarla.

Y así, sin más, Ava se fue.

3

Nunca he tenido una hermana de verdad. Éramos solo mi madre y yo. Vivíamos a unos treinta kilómetros del centro de Oxford, en una casita de las que llaman «de alquiler», porque hay que pagarlas todos los meses, en lugar de hacerlo de una sola vez. Antes habíamos vivido en un apartamento de una sola habitación en Memphis, pero nos mudamos cuando cumplí cuatro años, porque mi madre dijo que una niña mayor necesita tener su propia cama. Por lo visto daba patadas en sueños.

Después contestó a un anuncio del periódico y tuvo suerte, porque le dieron un nuevo trabajo, que consistía en limpiar la casa y cuidar a las niñas de una familia rica, los Cooper, que se habían mudado a Mississippi y habían comprado una plantación por muy poco dinero. Como eran yanquis, no sabían que para ese tipo de trabajo tenían que contratar a una persona de color. Mi madre le había causado buena impresión a la señora en la carta, porque le había dicho que podía enseñar buenos modales a sus hijas e indicarles qué tenedor usar y qué modismos del sur debían evitar, ya que las expresiones más vulgares a veces acaban pegándose. Mi madre solía decir que los vulgarismos son más contagiosos que las lombrices.

Como vivíamos en el campo, podíamos tender la ropa entre un magnolio y un poste para atar las mulas, como la gente normal. Teníamos algodones por los cuatro costados y, si bien la casa necesitaba una mano de pintura, disponía de electricidad e incluso de agua corriente, por lo que mi madre decía que era suficiente para nosotras. La parcela alrededor de la casa estaba cubierta de matorrales, pero recogimos grava de la carretera e hicimos un sendero hasta la puerta.

Mi madre decía que había comenzado una nueva vida para nosotras. En Memphis había estado trabajando en una sala de baile llamada El Paraíso. Yo imaginaba que debía de ser divertido trabajar en un sitio así, pero a ella le parecía horrible. Estaba harta de trabajar por la noche y le apetecía empezar de cero.

Recuerdo nuestra casa entre algodones. Venía con algunos muebles: una mesa de comedor azul, con sus sillas y su alfombra a juego, y dos camas en dos habitaciones diferentes. Mi madre había conseguido un pequeño tocador de madera con espejo, para poder sentarse y verse mientras se rizaba el pelo. Tenía el cabello oscuro y lo llevaba corto, justo por debajo de las orejas. Se lo cortaba ella misma. Era capaz de hacerse un vestido, por lo general cortado al bies, con solo ver el dibujo en una revista. Siempre decía que el corte al bies producía prendas más ceñidas y elegantes. Le gustaba enseñar un poco las piernas, porque las suyas eran de esas que hacen que los hombres se vuelvan y silben de admiración. Teníamos una radio en el cuarto de estar y mi madre se sabía todos los bailes. Sintonizaba una estación y me enseñaba a bailar el charleston, el *big apple*, el vals y el *boogie-woogie*. Dábamos vueltas como veletas sobre aquella alfombra azul, hasta que toda la habitación seguía girando a mi alrededor aunque me quedara quieta. ¡Qué tiempos, Dios mío, bailando con el ruedo de la falda lastrado con pinzas de la ropa, para que se nos levantara más alto todavía cuando girábamos!

Una vez, la señora que nos alquilaba la casa le preguntó a mi madre: «¿Y su marido?», y ella respondió: «Está con Dios. Murió en la guerra». Lo dijo tranquilamente, sin ladear la cabeza ni ponerse a jugar con los botones, porque así de buena era ella.

Cuando yo le preguntaba qué había sido de mi padre, respiraba hondo y respondía: «Se fue». Así, sin más; dos palabras y a pasar página. Fin de la historia. Entonces me abrazaba como diciéndome: «Por favor, Meg, no me hagas más preguntas».

Pero yo sentía curiosidad. No había fotografías suyas por ninguna parte y yo había alcanzado una edad en la que una niña necesita saber ese tipo de cosas.

Mi madre no era de las que se quedan quietas sin hacer nada, así que yo le iba detrás, acribillándola a preguntas: «¿Adónde se fue?», «¿Era alto o bajo?», «¿De qué color tenía el pelo? ¿Oscuro como el tuyo o casi blanco como el mío?».

Y ella me decía: «Por favor, Meg. Lo hago lo mejor que puedo».

Lo repetía todo el tiempo.

Cuando cumplí nueve años, al fin me dijo que respondería a todas las preguntas que yo le hiciera, pero solo una vez. Así me enteré de que mi padre era de altura mediana, tenía un color de pelo ni muy claro ni muy oscuro, había crecido en el condado de Carroll y estaba sirviendo en el ejército cuando se conocieron. Se marchó cuando yo todavía era un bebé.

—¿Me cogía en brazos, cuando era pequeñita?

Ahora me da rabia haberle preguntado eso en lugar de cosas más importantes, como su nombre verdadero, o la razón de que se fuera, o si alguna vez volvería.

Mi madre negó con la cabeza.

—No, nunca te cogía en brazos.

—¿Sabe que me llamo Margot Louise y que todos me llaman Meg?

—Sí, lo sabe. Louise viene de su lado de la familia.

—¿Por qué no te gusta hablar de él? ¿Te trataba mal o algo?

Me miró y respondió:

—No, no me trataba mal. Pero sufro cuando pienso en él. Lo entenderás cuando seas mayor.

Yo habría querido averiguar más cosas, porque era mi naturaleza querer saber. Pero no quería hacerla sufrir.

Sé que mi madre intentaba tener paciencia conmigo, pero, ¡Dios mío, cómo se ponía cuando no la obedecía! «¡Te lo diré una sola vez, Margot Louise!», me gritaba, pero no era cierto. Lo repetía tantas veces como fuera necesario. Todo el tiempo me estaba diciendo que me peinara «ese pelo tan enredado», que me lavara la cara o que usara aquel polvo dentífrico que sabía tan mal. «¡Por los clavos de Cristo, Meg! ¡Pareces una va-

gabunda! ¡La próxima vez usa el jabón!». Era muy menuda, lo que en francés se llama *petite*, pero su apariencia era engañosa. Cuando había que fregar algo, tenía más brazos que un pulpo. ¡Y no hablemos de sus modales!

De niña había trabajado ayudando a su madre a limpiar casas y a servir en banquetes y clubes, y de ese modo había aprendido a comportarse de la manera correcta. Me enseñó a ponerme la servilleta sobre la falda y a comer sin cambiar de mano el tenedor, «a la europea», como decía ella. Una vez encontró en una revista una foto de una cubertería de veintisiete piezas y entre las dos recortamos todas las cucharas, los tenedores y los cuchillos con las tijeras de la cocina. Los tenedores fueron lo más difícil, por los dientes. Entonces mi madre elegía un plato de la página de recetas —un pescado con espárragos en salsa o unas ostras al horno—, y lo recortaba, junto con una bebida. ¡Menudos festines de revista nos dábamos! Me decía: «Muy bien, pon la mesa», y «¿Qué tenedor?», «¿Qué cuchara?», «¿Qué copa?». Yo tenía que escoger las piezas correctas y después sentarme y fingir que cenaba. Pensaba que mi madre lo hacía para enseñarme a servir a las señoras de la alta sociedad, para que pudiera trabajar en el futuro, pero ella me dijo: «No, Meg. Te estoy enseñando a ti a ser una señora». Decía que era capaz de distinguir a una verdadera dama a un kilómetro de distancia. Yo iba a empezar la escuela ese otoño, y mi madre no quería que me tomaran por una palurda.

El pequeño edificio azul de la escuela estaba a un kilómetro y medio de nuestra casa, al final de la carretera antigua. Mi madre me llevaba en coche, hasta que tuve edad suficiente para ir yo sola andando. Era una buena escuela para niños pobres, o al menos eso decían. Teníamos suficientes cartillas para compartir entre todos y una pizarra grande al frente del aula, e incluso habían instalado una especie de ti vivo en el patio, para que jugáramos.

La primera semana, la señorita Pettybone nos organizó en tres grupos según nuestra aptitud para el aprendizaje: alum-

nos lentos, normales y excepcionales. Le dije a mi madre a cuál de los tres grupos me había asignado la maestra y, ¡Dios, qué orgullosa se puso! Las excepcionales éramos solo chicas y mi madre comentó que ya se lo esperaba. Me aseguró que ya descubriría yo, más adelante en la vida, que la mayoría de los hombres son lentos para aprender las cosas.

En aquella época yo no sabía que mi familia era diferente de las otras de la zona, y no porque estuviéramos las dos solas, sin un padre, ni unos hermanos, ni unos abuelos, sino porque nunca íbamos a la iglesia. Mi madre tenía un rosario y una imagen de la Virgen al lado de la cama, pero decía que todo lo demás eran tonterías. No necesitaba que ningún hombre la señalara con el dedo ni le dijera lo que tenía que hacer.

En uno de mis primeros días de clase, la señorita Pettybone nos enseñó la historia de Adán y Eva. Se emocionó tanto contándonos cómo había creado Dios el cielo, la tierra, los animales y finalmente al hombre, a su imagen y semejanza, que casi puso fin a su relato con una reverencia teatral.

Entonces levanté la mano y dije:

—Mi madre me ha contado que, según ha oído, es posible que vengamos del mono.

Toda la clase estalló en carcajadas y los niños se pusieron a gritar como micos. La señorita se llevó la mano al pecho y me dijo que tenía que hablar conmigo.

Mientras el resto de los niños se iban al patio a montar en el tiovivo, la maestra me llamó a su escritorio. Me dijo que esa historia de los monos era propaganda de infieles y que estaba prohibida en nuestro estado. Me preguntó a qué iglesia pertenecía mi familia y me aconsejó que destruyera de inmediato ese tipo de material, si lo encontraba en casa.

Le respondí que mi madre y yo no íbamos a ninguna iglesia.

Ella asintió e hizo una anotación en su libreta roja. Después me preguntó dónde estaba mi padre.

—Se fue —le dije. Dos palabras. Fin de la historia. Se me olvidó por completo decirle que había muerto en la guerra.

Tomó nota de mi respuesta, junto a mi nombre, y me pidió que le dijera a mi madre que tenía que ir a verla.

No me hacía ninguna ilusión contarle nada de esto. Pero, en cuanto llegué a casa, mi madre se percató enseguida de mi inquietud y se puso a masajearme la espalda para engatusarme, hasta que empecé a hablar.

—¿DE VERDAD?! —exclamó—. ¿ESO TE HA DICHO?!

Y entonces salió por la puerta y se sentó al volante de nuestro pequeño coche con las mejillas encendidas. Cuando llegamos, la vi dirigirse a la escuela, echando fuego por la boca como un dragón, y tuve miedo de que la señorita Pettybone no me permitiera hablar nunca más en clase.

Mi madre me pidió que esperara fuera, pero me llegaron algunos retazos de la conversación: «Usted no es quién para decirme lo que puedo o no puedo decir en mi casa», «Incluso en este estado atrasado y dejado de la mano de Dios, lo que yo diga es asunto mío».

En cuanto pudo meter una cuña, la señorita Pettybone repuso con frialdad:

—Me ha dicho Meg que no asisten ustedes a ninguna iglesia. También que su marido la dejó. ¿Es eso cierto, señora Lefleur? —No lo dijo con amabilidad, sino más bien como si la culpa fuera de mi madre. Antes de que mi madre pudiera reaccionar, la señorita Pettybone añadió—: Si vuelvo a oír esas herejías en mi clase, señora Lefleur, acudiré directamente a la autoridad policial para que se aseguren de que esa niña sea educada en la fe cristiana.

Mi madre no tenía miedo de nada, ni de los perros rabiosos ni de las arañas, ni de los tornados ni de los tiburones, ni de la polio, ni de los atracadores, ni tan siquiera de las inyecciones que ponen los médicos. Pero, cuando la señorita Pettybone mencionó a la policía, dio media vuelta y se marchó sin decir ni una palabra más.

Esa noche, mi madre estaba sentada delante de su pequeño tocador, ocupada en rizarse el pelo para el día siguiente. Lo hacía

siempre por la noche, para ahorrar tiempo, y se ponía un gorro para dormir. Me gustaba mirar cómo movía los dedos. Rociaba agua con un pulverizador, retorció un mechón de pelo y se lo sujetaba con una horquilla. Rociar, retorcer, sujetar. Rociar, retorcer, sujetar, con una cadencia que me adormecía.

—Voy a enseñarte una cosa, Meg —me dijo—, y es importante. Voy a enseñarte a mentir, así que necesito que me prestes atención. —Después añadió—: Pero antes tienes que aprender a reconocer a los mentirosos. No te fijas en lo que dicen, sino en lo que hacen. Los hombres se tocan la nariz cuando mienten. Si son diestros, miran a la izquierda; si son zurdos, a la derecha. ¿Estás tomando nota en tu cabecita?

—Sí, mamá.

Rociar, retorcer, sujetar. Rociar, retorcer, sujetar.

—Las mujeres, en cambio, te miran a los ojos —prosiguió—, pero juegan con el pelo o con los botones. Parpadean demasiado o se ríen aunque nadie haya dicho nada gracioso y asienten con la cabeza cuando niegan la verdad.

Rociar, retorcer, sujetar. Rociar, retorcer, sujetar.

—Ahora vamos a practicar. Meg, ¿me cogiste el otro día los cigarrillos del bolso?

—No...

—Sí que lo hiciste, Meg. Lo sé por tu reacción.

—Pero solo quería coger uno entre los dedos, no quería fumar. La verdad es que quería fumar, ya que cada día veía a todas las personas de este bendito país con un cigarrillo en la mano. ¡Por Dios, yo también leía la revista *Life*!

—Los cogiste para fumar, Meg —repuso mi madre—. Ahora inténtalo de nuevo, sin mover las manos. Dime que no me cogiste los cigarrillos.

—No te cogí los cigarrillos —articulé con tanta calma como pude.

Sonrió y me dijo:

—Parpadeas demasiado.

—No te cogí los cigarrillos.

—Te estás tocando el vestido. ¿Ves que te has llevado la mano al botón?

—No... No te cogí los cigarrillos.

—Mejor —observó, mientras yo la ayudaba a abanicarse el pelo para que se le secara—. En algunas ocasiones tendrás que mentir, Margot, si quieres salir adelante. Cuando alguien te lo pregunte, quiero que digas que tu padre murió en la guerra.

—¿Si me lo pregunta la casera, por ejemplo?

Asintió y dijo:

—Sí, la casera. O los Cooper o cualquier otra persona. Te facilitará mucho las cosas. —Roció, retorció y sujetó el último mechón oscuro y añadió—: ¡Y, por lo que más quieras, no se te ocurra contarle a la señorita Pettybone lo que acabo de enseñarte!

A la mañana siguiente, se quitó las horquillas una por una y, ya está, ¡toda una cabeza de rizos perfectos!

Una tarde, al poco de llegar, cuando estaba barriendo el suelo con Ava, la señorita Garnett me mandó subir al despacho. Cuando entramos, cerró la puerta, que en aquella época todavía no estaba tan alabeada, pero en la pequeña habitación hacía calor y el ambiente era sofocante. «¡Dios mío, haz que la deje abierta!», recé. Colocó una bolsa de monedas sobre la mesa y me pidió que las contara. Mientras las monedas se deslizaban entre mis dedos, algunas relucientes, otras manchadas y algunas de un brillante color rojizo, se situó detrás de mí y empezó a peinarme con las manos, separándome el pelo en tres partes. Enseguida sentí que el contacto me relajaba, aunque me dije: «No te lées con la cuenta, Meg. No le des esa satisfacción». Esa mañana, la señorita Garnett me había dado un pellizco brutal por hacer una mueca mientras ella bendecía la comida.

Para mantenerme alerta, me puse a imaginar todo lo que habría podido hacer con ese dinero, como ir al centro a comprar dulces o tal vez una revista. Sabía que la cantidad no era suficiente para una enciclopedia completa, pero pensé que quizá lo fuera para adquirir algunas letras, tal vez la S o la M...

Detrás de mí, la señorita Garnett susurró:

—Niña sucia, marrana...

Dejé de contar y pregunté:

—¿Sucia yo? —Ya entonces mi vestido blanco se había vuelto más bien grisáceo, pero por debajo conseguía mantenerme bastante limpia—. Me he lavado a fondo esta mañana en la bomba del patio —le aseguré—. Y ayer me di un baño.

Yo jamás le habría tocado el pelo a una persona que considerara sucia o marrana.

—No me refiero al tipo de suciedad que se puede lavar, Meg —replicó ella—, sino a la que llevas por dentro.

¿Por dentro? Dios mío, igual se refería a que había pillado una solitaria o algo, porque por fuera me consideraba la niña más pulcra de la casa. Y aún sigo creyendo que lo soy. Además, no había llegado a este lugar con la cabeza infestada de piojos del tamaño de saltamontes, como otras niñas. Las damas voluntarias aplicaban un tratamiento con vinagre y jabón de ceniza que podía abrirte un agujero en el cráneo.

A mi espalda, oía respirar a la señorita Garnett a través de sus labios viscosos, con el ruido de chapoteo que produce cuando habla, como el de una vaca rumiando.

—Sucia, marrana...

Opté por decírselo claramente:

—Créame, señorita Garnett, las otras niñas están mucho más sucias que yo. Ni se acercan al jabón cuando llega la hora del baño.

Me manipulaba el pelo de una manera que no era especialmente brusca ni tampoco suave. Me peinaba como si fuera una tarea que le hubieran encomendado.

—Además —añadí—, si tuviera algo sucio por dentro, no me lo podría limpiar. ¿Cómo iba a hacerlo? —Me parece que lo dije cortando el aire con las manos, como hacía ella cuando quería recalcar algún punto importante. Los niños suelen copiar lo que ven.

—Es un tipo de suciedad que no puede limpiarse, Meg, la llevas en la sangre. Porque naciste en un estado de idolatría.

—Creo que nací en Memphis, en el estado de Tennessee
—repliqué.

Pero ella continuó insistiendo. Tendré cien años y seguiré
oyendo el chasquido húmedo de sus labios al despegarse.

Entonces me dijo:

—Eres el fruto de una mujer lasciva, irresponsable y débil
mental. Pero ahora estás a mi cargo.

Al oír eso, me quedé atónita.

—¿Está segura de que no se equivoca de persona, señorita
Garnett? —repliqué, porque mi madre era muy lista.

Pero, por mucho que se lo pregunté, no conseguí que la
maldita señorita Garnett me diera una respuesta.